

VII

TUS ALTARES

A tus altares me acerqué, y he visto
 todo tu corazón de gozos lleno.
 Cantaba el aire en el azul sereno
 églogas de tu voz a Jesucristo.

Sigo escuchando... En penetrar insisto
 de tus paisajes el floral ameno,
 siempre a placer y en devoción de estreno.
 Siempre en lo visto hallando lo imprevisto.

¡Y veo que en tus canciones estelares,
 con el hondo fervor de los altares,
 con vuelo eterno y con sabor de entraña,

el extremeño vaso campesino
 desborda alegre su licor divino,
 en el sagrario del amor de España!...

MADRID, MARZO 1966.

EL ESCRITOR Y EL ESTILO



El estilo, ese «algo» concreto y real, exteriorización de la entrañable e íntima esencia del escritor, torna a surgir como abstracción, polémica y combatiente, en la vida literaria actual.

La definición del estilo del escritor o la fijación de los motivos originarios del estilo, es problema de una complejidad profunda e inabordable. Es la definición, por antonomasia, del hombre que es el escritor. El estilo no puede darse como algo aparte, marginal, del hombre. El escritor no es una entelequia desmontable del hombre, máscara transferible por un acto de expresa voluntad. Hombre y escritor son elementos fundidos de una manera entrañada. Como en el mito platónico del hermafrodita forman una unidad inseparable e indestructible. No es una yuxtaposición, es una unión mística como la del alma con su creador.

El problema tiene hondas raíces en lo espiritual y en lo biológico. Y la situación del escritor en el ambiente de la época, en la coyuntura histórica, influye en el estilo. El escritor, miembro de una generación, —en lo que tiene de universal la adscripción a su generación por encima de fronteras y de diferencias etnológicas e idiomáticas—, fatal e ineludiblemente acusa características genéricas propias de su época y de su ambiente.

Los ciclos históricos literarios han ido jalonando las épocas con cláusulas, conceptos, interpretaciones privativas, diferentes en su contenido y en su expresividad a las anteriores y subsiguientes. El escritor de la Edad Media es una creación típica de su momento histórico. Y lo mismo el del Renacimiento como más tarde el del Clasicismo y, posteriormente, el del Romanticismo.

Cada «ismo» ha entrañado una manera de endender el mundo y los problemas del hombre en absoluta, o relativa, oposición con las restantes. El mundo del medievo, con su concepción sacralizada y feudal, difiere sustancialmente del mundo del hombre renacentista en el que, el hombre, adquiere el alto valor de cumbre de la vida, re-

firiendo asimismo el mundo y la naturaleza circundante como elemento secundario y no transcendente. Todo «ismo» ha llevado en su médula una reacción contra las concepciones primitivas y una exaltación de sus propios valores como creación e interpretación reveladoras frente al mundo antiguo.

La sensibilidad ha ido evolucionando y los problemas del hombre actual no son los problemas del hombre anterior. Y, hasta la ciencia y la mecánica han influenciado poderosamente el estilo, o los estilos, presionando las fuerzas espirituales del hombre. Homero describiría hoy las cruentas guerras mundiales con palabras y conceptos distintos de los de la *Iliada*; su mundo en el que el hombre héroe asumía categoría de protagonista y de símbolo queda hoy disminuido frente al potencial de masa sin que, las calidades personales definitivas del héroe, puedan prevalecer frente a la técnica, —deshumanizada y destructora—, sin el ímpetu genial del héroe, factor decisivo en la *Iliada*.

El estilo es producto del ambiente y del temperamento. Es indudable que las modalidades, ideológica y sentimental, influyen poderosamente en la expresión. Y, por ello, la época y la generación significan los estilos marcándolos con su impronta. La época ejerce una influencia tan decisiva que inspira y nutre orientaciones y directrices de carácter permanente y con categoría de hitos históricos. Así lo clásico, lo romántico, tienen su nacimiento en épocas restrictas, aún cuando su pervivencia trascienda a otras edades y su emoción pueda transferirse al futuro en una transmutación de sensibilidad. La generación es, asimismo, un imperativo insoslayable. Lo generacional está en el fondo secreto del escritor, rebelde a toda tentativa de aniquilamiento y a toda traición a la fidelidad de su íntima esencia. Al escritor no le es posible evadirse de su época, como al hombre no le es posible evadirse de su sombra. Es un cerco apretado de lo circundante, de la vida en torno que presiona, afectiva y mentalmente, al escritor y le dicta de manera imperativa y categórica los temas y sugerencias que integran el acerbo de la época. Si el escritor ha de operar sobre materia viva, humana, ha de ser el comentarista de lo fluyente y contemporáneo, de lo que nace, vive y muere bajo su mirada, de la idea que conmueve el mundo y de la emoción colectiva que, por su categoría y dimensión históricas, se sitúa en el plano señero de su época.

El tema impone también su norma al estilo y funde, en su unidad temática, lo diferencial y privativo de las diversas individualidades. Y, bajo su signo, aflora lo que de universal se alberga en el indivi-

duo, conjuga las discrepancias externas y crea una zona común de coincidencias. El tema es algo imperativo que no tolera veleidades ni traiciones. Si Santa Teresa hubiera podido ser la autora de «El Lazarillo de Tormes» el tema, con su poder incontrastable, hubiera ganado decisivamente su prosa y, ésta, se vería privada de la diáfana claridad que resplandece en «Las Moradas». Esa manera desenfada, gregaria y popular, de la moral picaresca —reflejo de la parva vida social de la época— hubiera irrumpido en su estilo con su calor de humanidad conturbando su paz interior porque el tema, por su parca espiritualidad, no permite el alto vuelo lírico de la mística ni la profunda introspección generadora del éxtasis.

Independientemente del tema y por encima de su imperativa unidad temática está la personalidad humana. Esta no puede ser objeto de transmutación ni su vocación contrariada. Y, es aquí, donde la personalidad traducida en estilo, en modo de expresión, se define a sí misma dentro del complejo de coincidencias de épocas.

Pero, la polémica del estilo debe desplazarse al estado espiritual del escritor durante la obra de creación. Aquí no se trata de que el estilo sea una manifestación del subconsciente, de la zona oscura y hermética de la personalidad, inabordable a la introspección sino del estado de ánimo, diverso en cada instante de la creación, adaptado al movimiento afectivo que, en el escritor, despiertan y suscitan las vicisitudes de sus criaturas espirituales. El personaje, para el autor, es un avatar de sí mismo, un desdoblamiento de su propia vida, vida desgajada de la propia a la que trasfunde su calor humano, su ímpetu vital, su experiencia, su sensibilidad, al que dota de sus ideas y de sus pasiones y al que, como un demiurgo, le insufla un alma, menuda y efímera, con atributos humanos, y, a veces, con una insospechada perdurabilidad que le hace moverse y actuar en el mundo de la creación, en los límites de la vida, con una auténtica existencia, más real y efectiva que la de otros seres de carne y hueso, insertándole en el mundo real como paradigma de virtudes y categorías superhumanas.

Es el estado de ánimo el que hace a Alfonso Daudet llorar, con una congoja real y desolada, sobre el cadáver de Jack al que, la lógica inexorable de la creación, lleva a una muerte prematura. Y a Balzac, bajo la sugestión imperativa de la fiebre creadora, perdido en el pululante y vasto mundo del censo de sus criaturas de la «Comedia humana» —omnipresentes en su vida diaria con un enorme poder, vitalidad de autenticidad— a dar a sus amigos el nombre de los protagonistas de sus novelas, sin acertar a establecer la línea divisoria

entre la ficción y la realidad, inmenso en su creación como la única evidencia tangible. Y hace a Nietzsche alumbrar la vigorosa síntesis de Zaratustra para por él y, a su través, en una paradójica suplantación de la personalidad de ficción por la real del creador, dictar la filosofía drástica y energética del predominio del fuerte, clave y origen de su aspiración suprema y obsesiva del Superhombre. Y en esa atmósfera irreal y alucinante de su embriaguez dionisiaca, naufraga la razón de Nietzsche y con ella la de Zaratustra, su criatura, por una apretada y perfecta simbiosis de sus naturalezas, corpórea e incorpórea pero homogéneas en su esencia y paralelas en sus trayectorias.

Es, precisamente, el estado de ánimo del creador la clave secreta de su estilo. Y es el estilo el que se adapta a la creación en calidad de siervo y el que coopera y coadyuva a los altos y supremos fines de la creación. El estilo se supedita a la obra creadora y pierde su categoría de pretense protagonista sin asumir, en el vasto mundo de la creación, la posición tutelar de Virgilio frente al Dante, al que, éste, en el bello e incipiente italiano trecentista, definía *tu duca, tu signore e tu maestro*.

Emilio MARTIN DE CACERES

PENSAMIENTOS

Las mujeres son falsas en los países en donde los hombres son tiranos.

SAINT PIERRE

* * *

Si queréis formar juicio acerca de un hombre, observad quiénes son sus amigos.

FENELON

* * *

El marido infiel es santificado por la mujer fiel, y la mujer fiel por el marido fiel.

SAN PABLO

TIERRA

Yo no sé si eres tierra, mujer, tierra querida,
cuando yo te descubro entre mi sangre alada,
pareces que te alejas siendo raíz del cuerpo,
y a veces eres todo y a veces eres nada.

Te miro y me recreo pisándote el camino.
Abriéndome camino de cielo en la alborada.
Mirando lejanías, al pájaro profundo
que en el azul se esconde o en la estrella apagada.

Me acuesto en tu costado para oírte en mi sangre
y beberme el latido de tu dulce llamada.
No sé si tierra eres o si mujer acaso
o eres mi misma carne en el suelo acostada.

No sé ponerte nombre ni decir que te quiero
y es que posiblemente no existe la palabra
o es que tengo la duda de quedarme perdido
en la sombra de siempre o en la noche cansada.

He de buscar en donde tu corazón se encuentra
que ya tengo en las manos una flor por azada
para cavar amor más hondo y poderoso
y me sirvas de tumba o me sirvas de amada

JESÚS DELGADO VALHONDO